

El reinado de la tontería

Frente a los grandes retos intelectuales que significan el amor, el sexo y la muerte, la respuesta actual es la autoestima. Es lo que cree el autor de este ensayo polémico.

Nuestra época es de angustiosas preguntas o por lo menos, de inquietantes incertidumbres. Entre otros, tres grandes interrogantes acompañan a la gente y la conducen, casi que desesperadamente, a buscar respuestas para ellas: las que versan sobre esos rasgos esenciales de nuestro ser que son el amor, la sexualidad y la muerte. Las respuestas que a estos tres grandes problemas del ser humano daban las religiones, y muy en particular para nuestro caso el catolicismo, han entrado en crisis y ya no son tan seguras y certeras como lo eran en tiempos anteriores. Hoy por hoy, para decirlo un poco patéticamente, la gente no tiene claro qué es ni qué lugar darle al amor, a la sexualidad y a la muerte.

Cabría pensar, entonces, que ante este vacío que en el ser humano ha dejado el retiro de las otrora seguras respuestas religiosas, el hombre y la mujer de nuestra época se dispondrían al filosofar, esto es, al pensar, pues una condición para pensar es carecer de respuestas para algo que es esencial al ser de uno. Pero no, el vacío en torno al amor, a la sexualidad y a la muerte no ha suscitado en la gente una disposición favorable al pensar ni le ha dado un relieve y una importancia especial a la filosofía y a la literatura, a la historia o al psicoanálisis, saberes cuyos dominios conciernen en buena medida a estos problemas.

No, pese a las angustiosas preguntas que la agobian, no es ésta una época que se caracterice por su inclinación a pensar, más bien se puede observar lo contrario: lo que se ha impuesto es la tontería y, más precisamente, esa forma

de tontería que se caracteriza por hipotecar la vida a la ilusión en vez de comprometerla a los efectos de la verdad. Se prefiere la fácil ilusión a la dificultad de tener que encarar la verdad de nuestro ser. No se quiere tomar la vida como un camino cuya belleza y dicha dependen del esfuerzo, de la superación creadora y de la aceptación del malestar, sino que se prefiere entregar al ingenuo sueño que la representa como un camino muelle, rosa y sin dificultad, y abundan en nuestros días los predicadores... Y los seguidores de este debilitante ideal de la vida, mientras escasean aquellos que, como Kafka, animan a asumirla como algo difícil y no enteramente favorable a nuestro placer, como un tiempo finito en el que vale la pena luchar sin tregua por nuestro deseo y sobrellevar activamente la dificultad, como una apuesta por la verdad que pese a lo difícil e incluso dolorosa, puede "tornarnos más aceptables la vida y la muerte".

En nuestra época la gente no quiere la verdad y tal vez en ninguna época la ha querido, pues si algo caracteriza al ser humano no es su pasión por ella, cuanto su pasión por permanecer en un estado de ignorancia, valga decir, en una llenura de respuestas acríticamente asumidas. La gente busca ansiosamente quien fomente sus ilusiones y no le faltarán los predicadores que, fórmulas y recetas de por medio, la hagan soñar con un camino rosa para el amor, la sexualidad y la muerte.

No nos mintamos: la crisis de las religiones tradicionales no ha dado salida al filosofar, es decir, al pensar serio, grave, profundo, sino que ha visto propalar la tontería y la reemplaza. ¿Que la gente está desconcertada respecto a qué hacer con el amor, la sexualidad y la muerte? No cabe duda, pero lo grave es que, buscando responder a esto, no se dirige a

Tomado de *La Hoja de Bogotá*, edición 3, octubre de 2002.

leer a los grandes pensadores, no lee a Dostoievski, a Tolstoi, a Freud, a Foucault, por decir unos cuantos nombres cimeros del pensamiento que constituye nuestra herencia cultural, no, lee las superficialidades rosa de Anthony de Mello, los moralismos retardatarios de Carlos Cuauthemoc Sánchez, las metafísicas vulgares de Brian Weiss, los cuentos rosa de la nueva era, las supercherías de la reencarnación, las ingenuidades de la autosuperación y toda una larga lista de puerilidades que incluyen cartas astrales, mentalismos de todas las pelambres, en fin, toda las pamplinadas que corroboran que los grandes desarrollos que ha alcanzado el conocimiento en nuestra época (en lo científico, lo filosófico, lo social y lo artístico), no consiguen evitar que el rasgo dominante de nuestro mundo sea el de la tontería cuando se trata de dar cuenta de las preguntas que conciernen a lo esencial de nuestra condición humana.

Preocupante sobremanera es el hecho de que el imperio de la tontería en nuestro tiempo no tenga límites y penetre incluso en el mundo donde se supone que gobierna la racionalidad: la universidad. Aquí también se cumple lo que he dicho: el desprecio al conocimiento de los grandes pensadores que convocan a eso: a pensar, y la aplicación de la juventud universitaria a los fáciles discursos de la ilusión que están de moda. Sin duda habla muy mal de la universidad que estamos haciendo que un joven o una joven, cuando quiere darle la cara a la pregunta por la sexualidad, tenga en su mesa de estudio o en su mochila *Juventud en éxtasis* y no *Tres ensayos para una teoría sexual*, que cuando el asunto es el de la muerte tenga *Siete sabios, siete vidas* y no *La muerte de Iván Ilich* o que cuando es el del amor su compañía sea *El canto del pájaro* y no *El banquete*.

Y que ninguna voz posmoderna venga cínicamente a decir: "¡Ah, signos de la época que no hay que objetar!", porque estamos de acuerdo en que son sig-

nos de la época, pero que por lo que significan hay que objetarles, pues algo va de Carlos Cuauthemoc Sánchez a Freud, de Brian Weiss a Tolstoi y de Anthony de Mello a Platón, y cuando una cultura universitaria, para enfrentar esos grandes problemas de la vida que son la sexualidad, la muerte y el amor, sólo brinda a su juventud el recurso a azucarados predicadores de ilusiones y la deja pasar de largo ante la obra de los grandes pensadores, es como si esa misma universidad para estudiar el universo dejara de lado la astronomía y pusiera en manos de sus jóvenes el discurso de los astrólogos o que cuando quisiera indagar el comportamiento físico de los cuerpos no apelara a Newton sino a un mentalista. Pues bien, lo mismo acontece con el saber sobre lo humano: también aquí hay "astrólogos" y "mentalistas" y frente a esa charlatanería, de tanto éxito mercaderil hoy, hay que redoblar el esfuerzo por poner en manos de la gente en general y de la juventud en particular a los grandes pensadores, con la convicción de que mucho se habrá ganado cada que ante el problema del amor, por ejemplo, en el escritorio de alguien yazga no un Anthony de Mello sino un Dostoievski. 

BIBLIOTECA



CENTRO UNIVERSITARIO
DE INVESTIGACIONES
BIBLIOTECOLÓGICAS